

Una colección de anacronismos

Guerras ajenas

ENRIQUE SERRANO

Seix Barral, Bogotá, 2019, 118 pp.

UN RETO crucial para el éxito de una novela histórica es conseguir que el lector tenga plena confianza en la voz narrativa; cuando el autor opta además por emplear un narrador protagonista, que habla en primera persona, el desafío es, si se quiere, mayor. En este caso no solo es necesario esquivar anacronismos circunstanciales, sino además lograr que las ideas, los temores, los parámetros y la expresión (no limitada al vocabulario) del personaje reflejen verosímilmente los de una mujer o un hombre de su tiempo y su lugar.

En *Guerras ajenas*, Enrique Serrano afronta los retos mencionados escogiendo como narrador a un cura criollo, de nombre Rudesindo Guedes, que es párroco en Pamplona durante la segunda década del siglo XIX y tiene dos hijos jóvenes, Serafín y Eustaquio, enrolados respectivamente en los ejércitos realista y libertador. Esta sencilla premisa no deja de ser ingeniosa: por una parte sugiere que el personaje tiene conexiones emocionales con ambas causas, de manera que no habría un sesgo predominante en sus juicios y opiniones; por otra, como el propio Guedes señala en algún punto del relato, lo ubica geográficamente en una zona que al parecer le permitiría reconocer las diferencias y similitudes entre neogranadinos y venezolanos, sobre las que el relato vuelve una y otra vez.

En sus primeras líneas, la novela figura ser una larga misiva a los “muy respetados hermanos de la santa orden jesuítica” que viven —supuestamente— “en los bravos Brasiles a los que ha venido a vivir el mismísimo Emperador”. Queda pues sembrada una inquietud interesante: quién y por qué escribe a unos religiosos distantes una “confesión larga sobre la ausencia de mis hijos, que algunos de ustedes me han pedido explicar”. La curiosidad puede aumentar cuando se sabe que el redactor de la carta es además un cura, pero muy rápidamente la debili-

tan grietas insalvables en la credulidad del lector. Guedes informa que escribe “este año de 1819, que de manera tan lúgubre termina [...]”. Pues bien, la más simple consulta indica que en 1819 faltaban tres años para que se creara el Imperio de Brasil, y que tras la restauración de la Compañía de Jesús —en 1814— habrían de transcurrir 17 años para que los jesuitas regresaran a las —para entonces— excolonias europeas: apenas reaparecieron en 1836 en Buenos Aires, fueron readmitidos en la República de la Nueva Granada en 1842, y solo en ese año regresaron al —ahora sí existente— Imperio de Brasil.

Sobre este terreno tan deleznable, Serrano continúa desarrollando un personaje rebuscado y artificioso. Un hombre que, por una parte, escribe que ha “oído hablar del puerto de Cartagena, pero no he conocido a nadie que venga de allí. Dicen que la ciudad declaró su independencia hace años”, como si viviera en un aislamiento riguroso, y por otra, es capaz de indicar la cronología precisa de los movimientos de las tropas de todos los ejércitos que se enfrentan en el territorio americano desde 1816, así como registrar y descifrar las intrigas y enfrentamientos personales entre los respectivos altos mandos, profundizando en los desafíos geográficos para el avance o encuentro de cada uno de los regimientos. Para ello, Guedes cuenta, eso sí, con las cartas de sus hijos; al novelista no le preocupa explicar por qué decidieron enlistarse como escribanos (¡ambos!), cada uno en un bando distinto, pero los pinta como corresponsales infatigables, prodigiosamente informados y, sobre todo, beneficiados por un sistema postal que difícilmente se asocia con las colonias españolas, aun en los tiempos más pacíficos y ordenados.

También resulta chocante la ligereza con la que el párroco de una ciudad, ni remota ni insignificante en la época colonial, trata el asunto de sus hijos. Por supuesto los casos de sacerdotes no célibes —con o sin descendencia— no fueron infrecuentes pero, en cualquier caso, se trataba de una situación irregular, que podía tener graves consecuencias para la vida pública y privada de los involucrados, de manera que suena muy inverosímil que el per-

sonaje responda a la supuesta solicitud de explicaciones de los “respetados hermanos de la orden jesuítica” con total apertura, incluso ponderando las “mieles” de la vida familiar, sobre todo cuando páginas atrás ha mencionado (también con una llamativa candidez) que juró —en vano— que esos hijos eran ajenos. En ese mismo orden de ideas, cuando toca temas que tienen que ver con creencias o prácticas religiosas, sus observaciones son blandengues y convencionales, y parecen mucho más una caricatura de nuestra época sobre los curas del pasado que las creencias o dudas de alguien para quien el tema sería, por lo menos por su oficio, intensamente personal. Nada en el desarrollo del personaje sugiere al lector que está asomándose a otras épocas; parecería que el autor considerara que un lenguaje erudito y rebuscado es el equivalente exacto del habla de hace dos siglos... y que es suficiente expresar ideas del siglo XX o XXI en ese lenguaje para trasladarlas en el tiempo.

¿Es razonable pensar que a tres o cuatro meses del 7 de agosto de 1819 algún neogranadino pudiera afirmar que “la victoria del puente de Teatinos otorgó libertad a dieciséis de las veintidós provincias de la Nueva Granada y además hizo posible que esta nación andando el tiempo se juntase con Venezuela, haciendo realidad el proyecto de Bolívar”? (p. 106). ¿O tuviera la perspectiva para argumentar que “Bolívar quería ser un rey sin corona, adueñarse de todo el poder. Nadie estaba a la altura de sus designios ni de sus proezas y podía aprovecharse de ello plenamente: darse sus aires y disfrutar de su riqueza. La guerra hace ricos a algunos y Bolívar fue uno de ellos”? (p. 105).

Se llega entonces a la conclusión de que un libro tan mal encuadrado temporalmente y con tan pobre desarrollo de los personajes es apenas un vehículo, tristemente muy mal apertrechado, para presentar algunas ideas y datos sobre las campañas de la independencia de la Nueva Granada, sobre los jefes militares involucrados, así como sobre supuestas afinidades y diferencias entre los colombianos y los venezolanos, cuyas raíces se pretende, sin mayor originalidad ni éxito, explorar en varias páginas.

De las ideas entreveradas en la débil narración hay una que parece tener cierto atractivo para Serrano, pues, al fin y al cabo, la llevó al título de su libro. Se trata de que la guerra de Independencia fue una “guerra ajena, tan distante de nosotros y de nuestra Arcadia como para maldecir el presente y añorar el pasado” (p. 20). Guedes asevera que a las 11:30 del 7 de agosto de 1819

[...] los soldados pudieron contemplar la más pura esencia de lo que los había arrastrado a esta guerra: los unos y los otros, provenientes de regiones de la Nueva Granada, que había sido impulsada al conflicto por capitanes y oficiales extranjeros, querían reconocerse unos a otros detrás de los uniformes y de los estandartes enemigos. (pp. 91-92)

Esta afirmación, altamente discutible, que reduciría la independencia de nuestro país a mero residuo de un conflicto entre generales venezolanos, españoles y europeos, tiene además el problema de que es directamente contradicha por el propio planteamiento de la novela. Como se mencionó, los dos hijos del protagonista están incorporados en los ejércitos combatientes, en bandos opuestos, a los que según el relato parecerían haber llegado en forma voluntaria, no reclutados forzosamente ni bajo alguna presión que se mencione. Si para alguien no pudiera caber duda sobre lo íntimamente que la guerra por la independencia había entrado en la vida de los neogranadinos, sería, sin duda, para un padre en la difícil situación del personaje.

Las observaciones hechas hasta ahora están lejos de ser especialmente sofisticadas o especializadas; en otras palabras, el más superficial trabajo editorial hubiera podido (y debido) señalarlas y corregir muchos de los problemas anotados. Sin embargo, alguna persona con poder decisorio consideró que para el fondo de Seix Barral lo mejor era incorporar una obra que pudiera llevar en la carátula un sellito conmemorativo del Bicentenario de la Independencia de Colombia, antes que tomarse el tiempo necesario para rescatar algunos de los potenciales méritos de este libro. A esa persona, seguramente no a Serrano, también le corresponde la vergüenza de haber

dejado la revisión ortográfica en piloto automático, de manera que, ¡en cuatro oportunidades!, la palabra “sementeras” aparece con *c*, produciendo frases como “volver a hacer que las acequias se llenen de agua y las cementeras de plantas nuevas y de frutos nuevos” (p. 50), que serían risibles si no resultaran, antes que nada, irritantes.

Alberto de Brigard Pérez